

A ver volvió la virginal MARIA
A Nazaret de huertos circundado
Donde el albergue paternal tenia!

Al ver aquellos cerros pintorescos,
Verdes olmedas y viñedos frescos,
Sollozando de gozo se olvidaba
De los ricos tapices y arabescos
De las estancias que en Salen moraba.

El por lo techo de su blanca casa
Que crece el musgo que la lluvia cria,
La puerta hendida por do el aire pasa
Ve, á la luz del crepúsculo ya escasa
Y á traves de sus lágrimas, MARIA.

Y á su niñez tomando el pensamiento
La recordó desde el primer momento,
Porque de culpa original exenta
Desde el nacer, sin enseñanza lenta,
Claros tuvo razon y entendimiento.

Allí su anciana madre trasportada
De gozo la mecía en sus rodillas:
Detrás de aquella puerta escalonada,
Creía ver su túnica morada
Ribeteadas de blanco las orillas.

Desde aquella ventana enmohecida
Contemplaba Joaquin con grave aspecto
De la dichosa madre embebecida,
En cuidar de su sueño y de su vida
El tierno afán y maternal afecto.

Todo lo recordó, y arrodillada
Sobre el umbral de la mansion paterna,
Oró por la memoria venerada
De aquellos de quien vuelve á la morada
Por la suprema voluntad eterna.

VI.

Paloma fugitiva que vuelves á tu nido,
Errante nazarena que vuelves á tu hogar,
Por Dios está bendita la cuna en que has nacido,
Tu casa es el santuario por Jehová elegido,
Tu lecho el ara santa de su perenne altar.

Ya nunca de tu planta se borrarán las huellas,
El polvo que tú pises el mundo adorará,
Tu frente soberana coronarás de estrellas,
Y nuestra impura raza, pasando por entre ellas,
Tras tí al viviente alcázar de Dios ascenderá.

¡Oh Virgen cuyos ojos dan luz al sol naciente,
De todo bien origen, de Dios emanacion,
Hechiza con tu nombre mi canto balbuciente
Para que al mundo inspire cuando tu historia
cuenta

La fé con que te adora mi firme corazon.

SEGUNDA PARTE.

LIBRO QUINTO.

LA VENIDA DEL ANGEL.

I.

Como arroyuelo puro
Que al través deslizándose del prado
Protegido del fértil emparrado
Por el follaje oscuro,
Hasta el bosque vecino
Sigue su manso curso, cristalino,
Jamás de humanas huellas mancillado:

Tal la dulce existencia
Se deslizaba de José y MARIA;
Que es fuente inagotable de alegría
La paz de la inocencia;
Y los castos esposos
Entre el trabajo y la oracion dichosos,
Miraban trascurrir dia tras dia.

En su taller mezquino,
La voz no oyendo del orgullo vano,
Trabajaba aquel místico artesano
Sin soñar su destino;
O al bosque sus tesoros
De terebintos, cedros, sicomoros,
Disputaba tal vez su fuerte mano.

Y como el poderoso
A cuyo corazon sobra nobleza,
Parte acaso piadoso su riqueza
Con el menesteroso:
Así el patriarca santo
De los mendigos enjugaba el llanto,
Compartiendo con ellos su pobreza.

En tanto que amorosa
La reina de los cielos elegida,
En grosera labor entretenida,
Preparaba gustosa
Los humildes manjares,
Que al volver el patriarca á sus hogares
Confortaban su fuerza enflaquecida.

Sus manos delicadas
Que en lino, y oro, y seda mil primores
A hacer, en perfectísimas labores,
Estaban avezadas;
Tosca y humilde estera
Tejieron del Jordan en la ribera,
De palmas y de juncos cimbradores.

Y el pobre pavimento
De la sencilla patriarcal morada

II.

La hora sonó: el Altísimo,
Calmado ya su encono
Contra el humano, el fúlgido
Mirar, desde su trono,
De inmenso amor fecundo,
Sobre el terrestre mundo
Giró, como relámpago
Nuncio de paz y amor;

Y entre los siete arcángeles
Que á su derecha asisten,
Que con las alas cándidas
Se cubren y revisten,
A los eternos fuegos
Quedar temiendo ciegos,
Al que mas cerca mirase,
Así ordenó su voz:

"Corta con vuelo rápido,
Gabriel, el éter puro,
Y donde se alza tímido
De Nazaret el muro,
Deten la árdua carrera
Por la azulada esfera,
Y en el humano vórtice
Pon el seguro pié.

"Allí, en mansion de lúgubre
Color, y humilde planta,
Que del confuso estrépito
De la ciudad se espanta;
De nadie conocida,
Pero de mí elegida,
Púdica flor, ocúltase
La reina de Israel.

"Sé el que feliz anuncie
Mi voluntad divina;
Primero en ver la plácida
Estrella matutina,
Que el fausto fin ansiado
Del reino del pecado
Anuncia al mundo: humíllate
Ante su pura faz:

"Dila que al fin aplácese
Mi cólera severa,
Por la soberbia indómita
De la muger primera;
Del mal reparadora
Será, é intercesora
Entre el humano mísero
Y el sumo Jehová."

Dijo: y el ángel férvido,
De las eternas salas
Partiendo, al aire nítidas
Abre las puras alas:
Y al mundo presuroso
Dirige el vuelo ansioso,

A tan altos misterios destinada,
Cubrió; y aun mas violento
Trabajo no asustó su fortaleza,
Ni marchitó su celestial belleza;
Bajo su manto cándido velada.

A la vecina fuente,
Con un antiguo cántaro que inclina
Bajo su peso la virgínea frente,
El agua cristalina
Va á coger, ó la túnica azulada
Que cubre su persona inmaculada,
A lavar con su vívida corriente.

Y al espirar el dia,
Cuando la filomena su morada
Busca bajo la fértil enramada;
Colocaba MARIA
Sobre una mesa limpia y reluciente,
Los panes de blancura refulgente,
Fábrica de sus manos acabada.

Los dátiles sabrosos,
Los lactinios y la miel hiblea,
Al patriarca feliz de Galilea
Manjares deliciosos:
Y la cena frugal ya preparada
Cuando José tornaba á su morada
Concluida su tarea:

En el umbral la esposa
Lo esperaba de pié, y el agua pura,
Al fuego ya templada su frescura,
Le daba cariñosa;
Y él el polvo lavaba
De sus piés, y á la mesa se acercaba,
De amor el alma henchida y de ternura.

Y con manso decoro,
A su lado sentábase sencilla,
Del mundo y de los tiempos maravilla
La que es de amor tesoro.
Y el rostro juvenil de gracia lleno,
Junto formaba al de José, sereno,
Un grupo digno de la edad de oro.

Y en plática sabrosa,
Las lentas horas rápidas pasaban,
Y los castos esposos se abrasaban
En el amor de Dios, y su afanosa
Pobreza enaltecida
Con la santa pureza de su vida,
Alegres olvidaban.

Y dos meses pasaron
En aquella feliz, dulce existencia,
De trabajo y de paz y de inocencia;
Mas los tiempos llegaron
Del Salvador Mesías
Que anunciaban las altas profecías,
Y en su trono se alzó la omnipotencia.

Surco de luz espléndido
Dejando en pos de sí.

Y como el lampo efímero,
El rey de los querubes
Rompe la capa lóbrega
De las revueltas nubes;
Y el rayo diamantino
Que marca su camino
Es tal, que al verlo, súbito
Cegara un serafín.

Moviendo á un tiempo rápidas
Las alas de oro y nieve,
Deja el inmenso número
De soles muy en breve
Detras, y en la agitada
Atmósfera azulada
De nuestro mundo, ciérense
Un punto en Nazaret.

Era aquella hora lánguida
En que el mortal inclina
A su Criador la súplica
Piadosa, vespertina;
En que en murmurio suave,
Del pez, el bruto, el ave,
Del bosque y mar elévanse
Mil himnos de placer.

Hora en que al rayo trémulo
Del moribundo día,
El alma en ancho piélago
De amor y de armonía
Se anega, y sublimada
Al cielo, separada
De su prision corpórea,
Se eleva hácia el Señor.

Y en su celeste júbilo,
Cabe á la suma alteza,
Feliz un punto, olvídase
De su mortal flaqueza;
Y unida al sacro coro,
Al son del arpa de oro,
Entona el dulce cántico
De interminable amor.

Mas la inspirada púpila
Del ángel que camina,
De la inflamada atmósfera
A la ciudad declina:
Y dentro al laberinto
Que encierra su recinto,
Busca la vírgen cándida
De sin igual virtud.

Mírala en ruego estático,
Postrada contra el suelo,
Y á la mansion seráfica
Dirige el raudo vuelo:
Nuncio feliz y santo
Del fin de nuestro llanto,

Embajador benéfico
De paz y de salud.

III.

Penetra en fin en la apartada estancia,
De Dios el mensajero,
Desparciendo suavísima fragancia
Do quier su pié ligero.

Al trascendente olor, la Vírgen pura
Alzó los castos ojos,
Temiendo ver en la celdilla oscura
Los divinos enojos.

Y vió un mancebo fúlgido que ante ella
Inclinando la frente,
En voz cual de amantísima querella,
Mas sonora y potente:

"Yo te saludo, dijo, á Ti, la llena
De gracia y hermosura;
Contigo está el que vibra ó encadena
El rayo allá en la altura.

"Tú sola eres la Santa y bendecida
De todas las mugeres:
Capaz de dar al hombre eterna vida,
Tú sola, Vírgen, eres."

Y María tembló, no comprendiendo
Del ángel la voz grave;
Mas él en su embajada prosiguiendo
Con tono mas suave:

"No temas, que has hallado en la presencia
De Dios, gracia infinita:
Sin perder el candor de tu inocencia,
Serás por él bendita.

"Concebirás un hijo en tus entrañas;
Jesus será su nombre:
Y en tu tierra será y en las estrañas,
Salud eterna al hombre.

"Grande será: de todos bendecido,
Hijo de Dios llamado;
Y será el trono de David perdido,
Por él recuperado.

"Sobre la casa de Jacob, fecundo
Su reino omnipotente,
Cumplidas las edades de este mundo
Durará eternamente."

MARIA, empero, de sorpresa llena,
En su ignorancia pura,
Al ángel preguntó con faz serena:
"¿Mas cómo tal ventura

"Puedo alcanzar, ni el maternal anhelo,
Si á Dios me he prometido;

Y de virginidad só el puro velo,
Varon no he conocido?"

Y el ángel respondió: "Desde el altura,
Aquel tres veces santo
Bajará sobre tí; su sombra pura,
Cual generoso manto

"Te cubrirá; por esto al santo fruto,
Virgen, que en tí naciere,
Pueblos y reyes le darán tributo,
Y ¡ay del que no creyere!

"Porque creas la nueva soberana
Que así te ha sorprendido,
Te diré que Isabel, tu prima anciana,
Un hijo ha concebido.

"Y aunque estéril la juzgan, del preñado
Esta es la sesta luna:
No hay imposible al Sumo, al increado,
Que amor y ciencia aduna."

Entonces la doncella anonadada,
Al nunciador divino
Así le contestó, la faz bañada
En rubor purpurino:

"He aquí sumisa del Señor la esclava;
Hágase en mí su voluntad divina."
Y en aquel punto el ángel se elevaba
Al cielo en una nube zafirina.

Y EL VERBO SE HIZO CARNE; de este mundo
A habitar en la cárcel maldecida,
Y rescatar al hombre del profundo,
Muriendo para darle eterna vida;

Cumplido ya el misterio incomparable
De la generacion maravillosa
De un Dios en vil materia deleznable,
Si bien hecha por él, noble y gloriosa.

Solo el hombre, en su ciencia envanecido,
No sospechó que estaba tan cercano
El instante feliz y apetecido
Del complemento del linage humano.

Del invierno era el fin (1): la primavera,
Derramando raudales de verdura,
Al monte, al llano, al bosque y la pradera,
Revistió con su espléndida hermosura.

Lució del sol mas puro el vivo rayo,
Y en la flor columpiándose indecisa,
Fragante don del prematuro Mayo,
Con voz mas dulce susurró la brisa.

Y de las aves el arpadado coro
Entonó mas armónicas canciones;
Y enmudeció del infeliz el lloro,
Y callaron los turbios aquilones;

(1) Segun varios autores venerables, se cumplió el misterio de la Encarnacion un viernes por la tarde, dia 25 de Marzo.

Mansa mugió la mar, en la ribera
Sumisa recostándose adormida;
Del bajo mundo á la encumbrada esfera,
Todo tuvo otro sér y nueva vida.

Y al caer de la tarde, los pastores
Los rebaños trayendo á las majadas,
Y al volver á su hogar los labradores,
Sus rústicas tareas acabadas;

Acaso en las orillas deleitosas
Confusos se paraban de los rios,
Escuchando armonías misteriosas,
Que de prados, y montes, y plantíos,

En la region del aire se elevaban
Y sobre ellos un punto se cernian;
Y de aquellos prodigios se admiraban,
Y á sus gentes tal vez los referian;

En tanto que MARIA, en el estrecho
Límite de su estancia, meditaba,
Y de santa inquietud turbado el pecho,
A obedecer á Dios se preparaba.

LIBRO SESTO.

LA VISITACION.

I.

Era aquella estacion de encanto llena,
La estacion que los campos engalana,
La que da á cada tallo su capullo,
Y á cada seco tronco su guirnalda;

Y al arroyo su marco de verdura,
Y murmurio mas plácido á sus aguas,
Y al día mas fulgentes resplandores,
Y á la noche mas sombras y mas calma;

Era, en fin, la risueña primavera,
Estacion del amor afortunada,
En que naturaleza se reviste
De mayor juventud, vigor y gala;

Cuando dejando á Nazaret MARIA,
Caminó de Judea á las montañas,
Y á la ciudad de Ain, do el sacerdote
Zacarias, su deudo, se encontraba.

Era feliz esposo el Aaronita
De la casta Isabel, aquella anciana
Que, segun el celeste paraninfo,
En su estrema vejez fecundizada

Por el soplo divino, un gran profeta
Alimentaba entonce en sus entrañas;
Y anhelaba MARIA de aquel triunfo
Testigo ser de tan ilustres canas.

Circundada de amigos y parientes
Salió de Nazaret una mañana,
Dejando allí á José, que por entonces
No pudo á su pesar acompañarla.

Penosas y no esentas de peligro,
De Nazaret á Ain, cinco jornadas
Hubo de hacer MARIA, espuesta siempre
A fatigas y riesgos en su marcha;

Que está aquella region por mil torrentes
Cortada y asperisimas montañas,
Y arenosos desiertos, propio asilo
De hombres perversos y de fieras bravas.

A cada paso las angostas sendas,
Que en posteriores tiempos la romana
Industria reparó, se interrumpian
Por barrancos ó bruscas hondonadas:

Piedras resbaladizas, al viajero
Con caída mortal amenazaban,
O desiguales surcos y hundimientos
Que el camello trazara con su planta.

Al caer de la tarde, en un recinto
Que con sus tiendas móviles formaban,
Deteniase acaso entre temores
Y angustias la pequeña caravana,

Y una estera de juncos era el lecho,
Y una sencilla tienda la morada
Do pasaba la noche temerosa
La reina de los cielos soberana.

Por fin llegó Miriam de su camino
Al término feliz, y sin tardanza
Se dirigió á la casa que el levita
Con su esposa amadísima habitaba.

E Isabel, que por una de sus siervas,
De la ilustre visita fué informada,
A su encuentro acudió, del puro gozo
El rostro lleno que inundaba el alma

Y la jóven entonces, no queriendo
Que ella fuera primera en saludarla,
"¡La paz del sumo Dios contigo sea!"
Le dijo con suavísima palabra.

Y luego, adelantándose, á su cuello
Se quiso abalanzar; pero la anciana,
Súbito un paso atrás retrocediendo,
Fijó en ella su límpida mirada.

A la espresion de afecto cariñoso
Que su franca sonrisa revelaba
Pocos momentos antes, un profundo
Respeto sucedió: su frente, ajada

Por el curso del tiempo, tersa y pura
Se tornó: sus facciones transformadas,
Rayos resplandecientes despedian
Que de luz el vestíbulo inundaban;

Y profético espíritu del cielo
Sobre ella descendió, y arrebatada
Pronunció, dirigiéndose á MARIA,
Con resonante voz estas palabras:

"¡Salve tú, bendecida
Entre toda celeste criatura!
¡Salve, corriente pura,
Al mortal escondida,
De eterna redencion y eterna vida!

¡Bendita tú, y el fruto
De tu vientre purísimo, bendito!
Al túrbido Cocito,
El hombre en llanto y luto,
Ya libre, no dará fatal tributo.

¡De dónde la ventura,
De que la madre de mi Dios, piadosa
A mí venga amorosa,
Bajando de su altura,
De esta su esclava á la mansion oscura!"

Que al llegar á mi oido
Su voz, en mis entrañas se ha agitado
De gozo el hijo ansiado.
¡Feliz la que ha creído!
¡El misterio inmortal será cumplido!"

Miriam entonces, plácida, serena,
Aunque del Santo Espíritu agitada,
Con voz suave, de armonía llena,
Prorumpió en este cántico inspirada:

II.

"¡Gloria, gloria al Señor!.. La lengua mia
Esclame enajenada;
¡En Dios, que es su salud y su alegría,
El alma trasportada!

Que sin ver de su esclava la bajeza
Colmóla de bondades;
Y admirarán su espléndida grandeza,
Del mundo las edades.

De corona inmortal ornó mi frente;
¡Cubrióme con su manto
Aquel temido Sér omnipotente,
El que es tres veces santo!

El que agita del mar y de los vientos
La indómita pujanza;
Y vuelve á los furiosos elementos
La paz y la bonanza;

Cuya misericordia y cuyos dones
Sin límite, se estienden
Sobre una, y diez, y cien generaciones
De los que no le ofenden.

Desplegó el indomable poderío
Del brazo prepotente,
Y en medio aniquiló al mortal impío
De su furor demente.

Derrocó á los magnates poderosos
Del solio enaltecido;
Y á los sitios de honor esplendorosos
Ensalzó al abatido.

Al pobre enriqueció, y á los hambrientos
Colmó de sus favores;
Tornándose desnudos, macilentos,
Los ricos opresores.

De su misericordia ilimitada,
Pompa hizo en su largueza;
Y recobró Israel esclavizada
Su brio y altiveza:

Segun lo que á Abrahan fué prometido
Y á nuestros genitores,
Y hasta que el fin del mundo haya venido,
Tendrán sus sucesores."

III.

Treinta soles pasó la Virgen pura
En la region Hetea bendecida,
De Ain á pequenísima distancia,
En la casta mansion de Zacarías:
Allí la nieta de David, dotada
Como él tambien de inteligencia altiva,
En su primer cantar nubló la gloria
Del gran progenitor de su familia:

Allá al caer de la apacible tarde,
Cuando empieza á alentar la fresca brisa,
Miraba acaso el estrellado cielo,
De vaporosas nubes intranquilas
Cubierto, que á la vista semejaban
Diáfanos velos sobre piedras finas;
O del inmenso mar allá á lo lejos
Las llanuras sin límites seguía,
Ya, cuando de sus olas agitadas
Del aquilon á las tremendas iras,
En montes de zafir hasta las nubes,
Querer llegar osadas parecian;
O ya cuando apacibles, levemente
Rizadas por las auras vespertinas,
Venian á dormirse en manso curso
Sobre las blancas playas de la Siria.

¡Cuánto amor, cuántas gratas sensaciones,
Hasta entonces á Miriam desconocidas,
Anegaben su sér, aquellas horas
De honda meditacion!.. ¡Con qué delicia
De la madre comun, naturaleza,
Contemplaba la pompa y armonía!
Desde el inmenso universal conjunto,
Que el mezquino mortal con pasmo admira,
Soñando acaso en vanidoso sueño

Que sus leyes incógnitas descifra;
Y amontonando luego en laborioso
Estudio, los sistemas que combina,
Cuando el secreto juzga adivinado,
En el punto se ve de su partida;
Y una vez y otra vez á soñar vuelve,
Y mas y mas se ofusca y estravia
La orgullosa razon de que se jacta,
Que ante un grano de arena se aniquila;
Hasta las mas pequeñas perfecciones,
Hasta las mas debilitadas tintas,
Que la mano suprema sabia puso
Del prado en las postreras florecillas.
Ella amaba los bosques y los campos,
Las aguas de las fuentes cristalinas,
Las doradas espigas del otoño,
Y de Mayo las flores bendecidas.
Ella, mística flor, en los cantares
Del sabio rey llamada; entre las hijas
De los hombres, al lirio comparada,
Que crece del zarzal en las espinas;
Ella, que al mundo fué, cual la paloma
Que al arca de Noé llevó la oliva,
Señal de salvacion en el naufragio,
¡En la muerte señal de eterna vida!

Vecino á la mansion del sacerdote,
Un estenso jardin cercado habia,
Dó en rica pompa ufanos se ostentaban,
Y en fragancia y verdura competian,
Los árboles y plantas mas hermosas
Que produce en su seno Palestina.
Su brillante diadema de esmeralda,
Sobre todas las otras altecida,
Soberbia erguia la feraz palmera,
Del dulce fruto ornada, que es delicia
Del hombre; allí el naranjo perfumado
De su flor inmortal, se estremecía,
Cubriendo el suelo de menudas hojas
De azahar, á la nieve parecidas.
Allí el rojo granado, el sicomoro
De esbelto talle, la copuda encina,
El tamarindo, el abedul reacio,
Y el cedro, rey de la floresta umbría;
Y el plátano flexible, cuya copa
De verde claro, al céfiro mecida,
Tan tersa luce al sol y abrigada,
Que á las sedas de Persia diera envidia:
Y en fin la pompa, y gala, y donosura
Estaba allí completa y reunida,
Con que dotó feraz naturaleza
Las fértiles llanuras de la Siria.
En medio de una fuente saltadora
Brotaba la corriente clara y viva,
Que desde entonces entre los hombres lleva
El dulcísimo nombre de MARIA.
Y allí de algunos sauces á la sombra
Ambas sentadas, las felices primas
Pasar solian las serenas tardes,
En plática sabrosa entretenidas.

¡Cuán grave, y sazónada, y religiosa
Aquella dulce plática seria!

Santas las dos, las dos en seco iguales,
Mas en fortuna y en edad distintas:
Cual la mujer primera, de este mundo
Al nacer á la luz, jóven, sencilla,
Ignorante del mal, era la una,
Al trono mas espléndido elegida.
La otra mujer, en años avanzada,
Alta en virtud y en experiencia rica,
Estimaba en su precio verdadero
Los bienes y los males de la vida.
Ambas desde el principio destinadas
A suertes portentosas é inauditas,
La una en su seno, estéril tantos años,
Del profeta mayor estaba en cinta;
Miriam, cándido lirio de los valles,
Reina de los cantares escogida,
Dentro de sí llevaba el gérmen puro
Del sumo Sér, del Salvador Mesías.

En las plácidas noches del verano,
Cuando sobre la tierra que dormita
Y la tranquila mar, la blanca luna
Sus dulces rayos amorosa vibra;
Por bajo de una higuera agigantada,
O de un parral só la enramada umbría,
Con sencillez servíase el banquete
De aquella ilustre patriarcal familia:
El tierno corderillo, alimentado
Con la yerba aromática que crian
Aquellos altos montes; frescos peces
Cogidos de Sidon en las orillas,
Y miel silvestre, acaso disputada
Al tronco secular de alguna encina;
Y en cestas de anchas hojas de palmera
Graciosa y diestramente entretejidas,
De Jericó los dátiles sabrosos
Que á la mesa del César se servían,
Juntos con los alfónsigos de Alepo,
Los duraznos de Armenia, las sandías
De Egipto, y otras frutas delicadas,
En rica profusion se repartían.
Y el balsámico vino que producen
De la fértil Engaddi las colinas,
En ánforas de piedra conservado
Del sumo sacerdote Zacarías;
En vasos de riquísimas labores,
O en copas de topacio y ametistas,
En torno á los alegres convidados,
Escanciaban los siervos á porfía.
Circundada de tal magnificencia,
Parca empero Miriam, cual la avecilla
Que en medio á los racimos del otoño
Hace de un solo grano su comida,
De blancos lacticinios y de frutas
Se alimentaba, y por final bebía
Una taza pequeña de agua pura,
En su querida fuente recogida.

Al fin de los tres meses, fué llegando
Para Isabel el venturoso día
De dar la luz al precursor profeta,
Fragante flor de su vejez marchita.
Mas apenas del riesgo libertada,

Cuando aprestos espléndidos se hacían
A celebrar con la debida pompa
El feliz nacimiento del Bautista;
De aquel mundano, atronador tumulto,
Cual paloma asustada huyó MARIA,
Y dejando los montes de Judea,
De Nazaret la senda conocida
Tomó, despues que en su dorada cuna
Bendijo y abrazó al moderno Elías.

LIBRO SETIMO.

LA VIRGEN MADRE.

I.

De vuelta á Nazaret, la humilde vida
Volvió á emprender Miriam acostumbrada,
Que pudiera olvidar envaneceada,
Viéndose á tantas glorias ensalzada:
Al querer de su esposo sometida,
Dulce, activa, prudente, recatada,
La oracion, el trabajo y la lectura,
Toda ocupaban su existencia pura.

Empero mas visibles y patentes,
Se hacían de su estado las señales,
Y amarguísimas dudas y dolientes
Recelos, las entrañas paternales
De José desgarraban vehementes;
Que aunque ajeno de amores terrenales
Su corazón, inmenso en él ardía
Místico y puro amor por su MARIA.

Y no ya los rencores que atormentan
Los estrechos humanos corazones;
Ni las turbias borrascas que alimentan
En el mortal volcánicas pasiones,
Que justicia y honor le representan
De un ciego pundonor las sujeciones;
Ni el vástago de estirpes soberanas
Lloraba aquel ultraje de sus canas.

No; lloraba con llanto inconsolable,
Del ángel puro la mortal caída;
Lloraba con dolor imponderable
Su ya perdido amor, su fé perdida;
La dulce paz, el júbilo inefable,
Los blandos goces de su santa vida,
Perdidos para siempre lamentaba,
Y lágrimas amargas derramaba.

Negábase á creer no pocas veces
La vista de sus ojos persuadidos,
Y testimonios de comprados jueces
Juzgaba el acusar de sus sentidos;
El cáliz del dolor hasta las heces
Apurando con ayes doloridos,
Preguntábase así, si las señales
Que via no eran sombras infernales.

Mas un día llegó, que ya imposible
La duda fué: los propios habitantes
De Nazaret, del casto é invisible
Lazo que había entre ellos ignorantes;
Un agudo puñal en el sensible
Corazon, con sus plácidos semblantes
Y parabienes mil que le ofrecieron,
En su ignorancia crudos sumergieron.

¿Qué partido quedaba al buen esposo
En situacion tan triste, tan horrenda?
Segun la ley judáica, al ominoso
Crímen, la muerte solo daba enmienda.
Y de baldon cubríase afrentoso
El varon israelita que en su tienda,
En su hogar, y en su honrosa compañía,
A una mujer adúltera sufría.

¿Cómo al través del tenebroso muro
Formado del revuelto torbellino
Del duelo amargo y del dudar oscuro,
Hallar de salvacion algun camino?
En medio al laberinto, un rayo puro
José imploraba del fulgor divino;
Mas sordo el cielo á su gemiente ruego,
Negábase la luz al santo ciego.

En tanto, desde el trono refulgente
En millares de soles apoyado,
Que fundó para sí el Omnipotente,
Y está á los mismos ángeles velado;
Dirige una mirada complaciente
Sobre el esposo triste, el Increado;
Y aunque su hondo jemir piadoso escucha,
Le deja solo en la tremenda lucha.

Y el coro de sus ángeles queridos,
Fijos los ojos en el noble anciano,
Esperan de temor estremecidos
El fin de aquel combate sobrehumano:
Y al ver tanto valor, enternecidos,
Vueltos á su temido soberano,
Del que lucha en favor sumisos oran,
Y en una voz su omnipotencia imploran.

José, de su Señor abandonado
En la noche sin fin caliginosa
A su propio vigor, mas sustentado
Por su alma sublime y valerosa,
De una idea feliz iluminado,
Tomó resolucion tan jenerosa,
Que si hubiera pasion sobre las nubes,
Envidiáranla acaso los querubens.

Condenar era justo á la culpable,
Repudiándola, al llanto y abandono;
Mas era su suplicio inevitable
De sus propios parientes al encono:
Quiso, pues, en su amor incomparable,
No solo perdonarla, el noble trono
Darla tambien que nunca niega el mundo
A la virtud y al padecer profundo.

Y aceptando sumiso de antemano
El desprecio y baldon inmerecido
Aun de sus propios deudos, el anciano
Se preparó, á la fuga decidido:
Turbia la vista, trémula la mano,
Trabaja aún en el taller querido,
Testigo, ¡ay triste! de pasadas glorias,
Hoy fuente de amarguísimas memorias.

Muy luego en las regiones apartadas
Donde le lleva su infeliz destino,
Por sendas peligrosas é ignoradas,
Irá vagando el pobre peregrino:
Leyes, usos, costumbres ignoradas,
¿A quién preguntará por su camino?
¿Acaso algun hogar serále abierto
Del mundo en el vastísimo desierto?

Y aun cuando encuentre un techo hospitalario,
Un seno amigo, en extranjero suelo;
¿Quién habrá que al mendigo solitario,
De su perdido amor le dé consuelo?
¿Quién abrirá el asilo funerario
Dó presto le ha de hundir su desconsuelo?
¿Quién regará con llanto de sus ojos
La tierra en que descansan sus despojos?

Las auras de la patria tan queridas,
Sus selvas de azahar embalsamadas,
Sus auroras de fuegos encendidas,
Sus noches tan serenas y calladas:
Las aguas de sus fuentes bendecidas,
Sus nubes blanquecinas y azuladas,
Los parientes amados, los amigos,
Que del perdido bien fueron testigos;

Y el techo desigual que levantaron
En mas felices días sus mayores,
Las modestas estancias que habitaron,
Recuerdo perenal de sus dolores;
Y aquellos toscos muebles que labraron,
Testigos de su dicha y sus amores,
¡Todo, en fin, lo que caro es en la vida,
Abandona en su amarga despedida!

Mas una noche que en el triste lecho
En inquieto dormir desahogaba
Con hondos ayes el dolor del pecho,
Parecióle mirar que iluminaba
Una luz celestial el cuarto estrecho,
Y un ángel del Señor la derramaba,
El cual con voz suavísima, argentina,
Mas que el rumor de la aura vespertina:

“Hijo del gran David, no acongojado
Estés, ni en tales dudas sumergido;
El niño que tus penas ha causado,
En el seno purísimo nacido
De Miriam, del Señor es hijo amado,
Y por él será el mundo redimido;
Y aunque tiene en el cielo eternos nombres,
Jesus será llamado entre los hombres.”